



## Colecta Diocesana Anual Nêmuasâi del 1%

Arquidiócesis de Corrientes

[www.arzcorrientes.org.ar](http://www.arzcorrientes.org.ar)/[arzctes@yahoo.com.ar](mailto:arzctes@yahoo.com.ar)

La Iglesia nos sostiene desde la Fe: ayudemos nosotros a sostenerla.

En la explicación que hace Jesús de la parábola del sembrador en el evangelio según San Marcos dice que: "El sembrador siembra la Palabra" (Mc 4,14). En el evangelio de san Lucas, por su parte, dice explícitamente que: "La semilla es la Palabra de Dios" (Lc 8,11). Es claro entonces que esta parábola se refiere al anuncio del Evangelio, de la Palabra de Dios, que se compara con una "siembra" donde la semilla es justamente la Palabra de Dios. Y los distintos tipos de terrenos vienen descritos como diversos tipos de personas o corazones; mientras que la acción de "recibir" la semilla es la metáfora para escuchar la palabra.

Siguiendo el evangelio de san Lucas vemos que la parábola en su versión original (Lc 8,5-8) describe cuatro situaciones sobre la suerte de la semilla: la que cae a lo largo del camino; la que cae sobre piedra; la que cae en medio de abrojos y la que cae en tierra buena. En el primer caso no hay siquiera crecimiento. En el segundo y tercero hay germinación, pero termina malograda. Sólo en el cuarto caso hay fruto centuplicado.

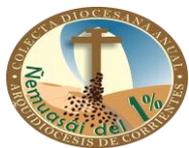
La explicación de la parábola en Lucas (Lc 8,11-15) primero identifica la semilla con la palabra de Dios. Luego, en claro paralelo, decodifica cada una de las situaciones de la semilla/palabra en tres etapas. Es de notar que en los cuatro casos se habla de "aquellos que escuchan" como un primer estadio.

*La diferencia está en el segundo movimiento, que es la reacción ante la palabra.* En el primer caso se trata del diablo que se la lleva, para que no crea y se salve (de este modo nos revela el sentido del dar fruto que aparecerá en el último caso). En el segundo hay recepción alegre. En el tercero es sofocada por las preocupaciones. Sólo en el cuarto se dice que la escuchan con corazón bueno y recto y la retienen o conservan. Este corazón bueno y hermoso es el lugar idóneo para la morada de la Palabra de Dios. Es así, el corazón es el lugar de la Palabra, allí la guardaban los vecinos y parientes del Bautista (Lc 1,66) y allí la guardaba y la meditaba la Virgen María (Lc 2,19.51).

El tercer estadio es la suerte de los oyentes de la palabra: en el primero no creen y no se salvan; en el segundo con la tentación abandonan; en el tercero no llegan a la madurez; y finalmente en el cuarto dan fruto con perseverancia.

Si leemos esta parábola desde el punto de vista del "terreno" que recibe la semilla; del corazón que escucha la Palabra de Dios, vemos claro que la cuestión decisiva es la fe. En efecto, como dice el Papa Francisco en su reciente encíclica Luz de la Fe (LF): "La fe está vinculada a la escucha [...] La fe es la respuesta a una Palabra que interpela personalmente, a un Tú que nos llama por nuestro nombre" (nº 8). La parábola del sembrador nos describe las distintas respuestas que siguen a la escucha de la Palabra de Dios y, también, las causas por las cuales no llega a dar fruto. Es que no basta con escuchar la Palabra, hay que creerla, fiarse de ella, construir sobre ella la propia vida. "La fe acoge esta Palabra como roca firme, para construir sobre ella con sólido fundamento. Por eso, la Biblia, para hablar de la fe, usa la palabra hebrea *'emûnah*, derivada del verbo *'amán*, cuya raíz significa « sostener ». El término *'emûnah* puede significar tanto la fidelidad de Dios como la fe del hombre. El hombre fiel recibe su fuerza confiándose en las manos de Dios" (LF nº 10).

Ahora bien, para poder "reaccionar" de este modo el corazón creyente debe descubrir el amor personal de Dios manifestado en Cristo, pues normalmente confiamos en aquellos que estimamos y valoramos. Han demostrado ser "creíbles", "confiables" y también "amables"; y por eso los apreciamos, confiamos en ellos y les creemos. Un claro ejemplo de esto son nuestros padres pues son los primeros que nos han querido y a quienes hemos amado, y por eso son los primeros en los cuales confiamos y a los cuales les creemos. O sea que ya desde una mirada humana la fe va muy unida al amor, se reclaman mutuamente. Por eso, en último



## Colecta Diocesana Anual Nemasâi del 1% Arquidiócesis de Corrientes

[www.arzcorrientes.org.ar](http://www.arzcorrientes.org.ar)/[arzctes@yahoo.com.ar](mailto:arzctes@yahoo.com.ar)

término, le creemos a Jesús, confiamos en Él, porque nos ha amado hasta derramar su vida por nosotros. "La fe cristiana es, por tanto, fe en el Amor pleno, en su poder eficaz, en su capacidad de transformar el mundo e iluminar el tiempo. « Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él » (1 Jn 4,16). La fe reconoce el amor de Dios manifestado en Jesús como el fundamento sobre el que se asienta la realidad y su destino último" (LF n° 15). Y la salvación, el fruto que debe alcanzar la semilla si se la deja desarrollar, viene de creer en este amor de Dios. "La fe en Cristo nos salva porque en él la vida se abre radicalmente a un Amor que nos precede y nos transforma desde dentro, que obra en nosotros y con nosotros" (LF n° 20). El fruto maduro es justamente la transformación interior del creyente por el amor. "El creyente es transformado por el Amor, al que se abre por la fe, y al abrirse a este Amor que se le ofrece, su existencia se dilata más allá de sí mismo" (LF n° 21).

El fruto de creer en el amor de Dios no se reduce a una salvación meramente individual, por eso en los versículos que siguen a la explicación de la parábola del sembrador en Lucas se hace referencia a la necesidad de dar fruto y a la falta de lógica de querer ocultarlos: "No se enciende una lámpara para cubrirla con un recipiente o para ponerla debajo de la cama, sino que se la coloca sobre un candelero, para que los que entren vean la luz. Porque no hay nada oculto que no se descubra algún día, ni nada secreto que no deba ser conocido y divulgado" (Lc 8,16-17). Es decir, el fruto contiene en su interior semillas que deben ser, a su vez, sembradas para que el ciclo vital continúe. Lo mismo sucede con la Fe. "Quien se ha abierto al amor de Dios, ha escuchado su voz y ha recibido su luz, no puede retener este don para sí [...] Los cristianos, en su pobreza, plantan una semilla tan fecunda, que se convierte en un gran árbol que es capaz de llenar el mundo de frutos" (LF n° 37).

El creyente que ha llegado a dar fruto y semilla, no puede olvidarse de su origen por cuanto la fe que tiene la ha recibido de la Iglesia, que "como toda familia, transmite a sus hijos el contenido de su memoria" (LF n° 40). La Iglesia es "madre de nuestra fe" pues de ella hemos recibido la Palabra de Dios. Más aún, "la Iglesia es una Madre que nos enseña a hablar el lenguaje de la fe" (LF n° 38). Y en ella seguimos creyendo ya que la fe nos abre al "nosotros" eclesial que nos une a todos los que creen en Cristo. "La fe es una porque es compartida por toda la Iglesia, que forma un solo cuerpo y un solo espíritu. En la comunión del único sujeto que es la Iglesia, recibimos una mirada común. Confesando la misma fe, nos apoyamos sobre la misma roca, somos transformados por el mismo Espíritu de amor, irradiamos una única luz y tenemos una única mirada para penetrar la realidad. (LF n° 47).

Por todo lo visto queda claro que la Iglesia nos sostiene desde la Fe y que nos toca a todos sostenerla con nuestro aporte para que pueda seguir cumpliendo su misión evangelizadora. San Pablo había "plantado" la semilla de la Palabra de Dios en la comunidad de Corinto, fundada por el mismo Apóstol (cf. 1Cor 3,6); por eso se consideraba con derecho a recoger frutos de la misma: "Si nosotros hemos sembrado en ustedes bienes espirituales, ¿qué tiene de extraño que recojamos de ustedes bienes temporales? (1Cor 9,11).

En conclusión, la vocación y misión de la Iglesia es sembrar, *Nemasâi*, la Palabra de Dios en los corazones para que sea recibida con FE. Pero también su misión es sostener la fe de los creyentes para que llegue a dar Frutos con semilla para seguir sembrando. Es tiempo de involucrarse con la tarea que el Señor encomendó a su Iglesia, cada uno desde su vocación, con sus tiempos, talentos y recursos.